

## «El Escorial, piedra política»

Por José Antonio Vaca de Osma (\*)

Esos muros lineales, perfectos, lienzos inmensos de granito pardo, sembrados de ventanas verdes geométricamente distribuidas, representan la faceta más pura de una de las obras cumbres de la Humanidad realizadas a través de los siglos.

Más allá de los bojés del Jardín de los Frailes contemplo la mole pétreaa del Monasterio cuando el sol se va ocultando en un nuevo ocaso y sus últimos rayos doran los muros y azulean las pizarras como vienen haciendo desde hace cuatrocientos años.

¡Cuatrocientos años ya desde que el rey Felipe vió, sereno por fuera, como siempre, temblando de gozo por dentro, la culminación del máximo designio de su reinado proyectado hacia la eternidad, como un reto a lo efímero de las glorias humanas, como un mensaje más allá de la vida!

Así son las grandes creaciones del hombre a través de la Historia, un impulso del espíritu que las pone por encima del que las concibió y las materializa para que las generaciones venideras admiren, aprendan y reverencien. Así las pirámides de Egipto o de Teotihuacán, las catedrales góticas del medioevo europeo y los templos de Angkor, de Borobudur o del Cuzco, el Partenón, Petra, la Alhambra y este Monasterio de San Lorenzo de El Escorial que la UNESCO ha declarado —no podía ser menos— monumento y patrimonio de la Humanidad.

Contemplando el Monasterio desde la Lonja, penetrando en la serena belleza de sus patios, en la armonía interna de su arquitectura toda, reflejo perfecto de uno de los monumentos estelares de la Historia de España y uno de sus más grandes y controvertidos monarcas, se comprenden muchos enigmas de nuestro pasado y se deben sacar lecciones de la más alta política para nuestro futuro. Hay que saber interpretar. Es el ser o el no ser, la grandeza o la frustración de todo un pueblo a su paso por la Historia. Si la modernidad de hoy reniega de su pasado, del Monasterio, del rey Felipe, está condenada a la muerte, una muerte mísera que no merece ni el infierno del Dante.

La UNESCO, con su decisión en este cuarto centenario, nos ha señalado acertadamente el camino. Quisiera, con las líneas que siguen, contribuir a que

---

(\*) Diplomático e historiador.

todos marchásemos por él a la sombra del Monasterio, cuando cae la tarde y vive la esperanza.

Cuando un rey comienza su reinado tiene que obrar políticamente en un mundo, en un país, sobre el cuerpo vivo de un pueblo que recibe y en unas circunstancias en las que el destino le sitúa.

Pero no se puede juzgar a un hombre de Estado, más aún a un Monarca absoluto, si no se tienen en cuenta los factores de su estirpe, de su nacimiento, de la formación que le es dada y de las tensiones que sobre él van a empezar a actuar desde el momento en que su personalidad inicia su andadura política.

Vienen a cuento estas consideraciones porque al enfrentarnos con el Monasterio del Escorial en este año del cuarto centenario de su terminación, aparece insensiblemente la figura histórica de un rey, de una de las cumbres de nuestro devenir como país.

Es difícil dejar a un lado al sucesor de Carlos V y tratar solamente de su creación suprema, el Monasterio, buscando la justificación y la lección que hacen de él mucho más nuestra gran piedra política que nuestra gran piedra lírica, como lo llamara Ortega y Gasset.

Ese valor político no es preciso buscarlo porque brota espontáneamente de la pétreo estructura, de la grande y armoniosa fábrica de granito.

Las razones del rey Felipe II son bien conocidas. La primera es la más simple y humana: erigir un mausoleo para sus padres, sobre todo para la gloria inmensa del Emperador, que le abruma, le impulsa, le obliga. Desde Covadonga, siempre tuvieron los reyes de los reinos de nuestra cristiana tierra, un templo panteón: una pequeña iglesia astur (Santa María del Naranco), maravilloso románico primitivo, el San Juan de la Peña pirenaico, San Isidoro de León, Santa María la Real de Nájera, Roncesvalles, Poblet, Las Huelgas, Granada...

Redondea la idea del Panteón con la de los monjes en torno para que recen por sus padres. Y por él, que su alma le preocupa en el más allá.

Quiere vivir allí, humildes las habitaciones, magnífico el templo, pero el altar a su lado. La conmemoración de San Quintín, la ermita, la victoria, San Lorenzo, mártir español, fecha del triunfo... tal vez sean lo de menos.

En toda la inmensa obra hay una imagen personal y una proyección política, antigua, tradicional, casi medieval, pero con una visión modernísima, eficaz, de hombre de Estado del XVIII, bibliotecas, laboratorios, palacio, museos, jardines... bellas artes y ecología.

Podía Felipe haber llevado la capital a El Escorial, pero no quiere. El Escorial es él y su obra, el rey de España y el orbe. Quiere encerrarse en la obra perfecta y pasar con ella a la Historia grande, sólo con Dios para juzgarle porque desde tiempo ha, está de vuelta de lo humano.

El Monasterio no es tétrico ni austero. Todos los pueblos han construido monumentos para sus reyes y sus dinastías. Tiene, eso sí, grandeza grave, fría, solemne, geométrica proporción y la gran belleza del desnudo arquitectónico. Pero, paradójicamente, respira a la vez pasión, ternura y hasta una fuerza barroca que se sale de su época renacentista.

Es un documento pétreo, un inmenso reloj místico, una construcción faraónica, política litúrgica o liturgia política. Todo esto y mucho más podría definir al Monasterio. Sin embargo, en lo más profundo, es la compensación de un gran fracaso, como con toda su grandeza y su soberano, inteligente y ambicioso empeño ultrapersonal lo fue el reinado de Felipe II.

La lección preliminar que nos ofrece la piedra política escurialense es que en la Monarquía hay siempre un arraigado sentimiento dinástico, patrimonial y responsable. No cabe renunciar a la obra de los padres ni dejar el diluvio para los hijos. Desgraciadamente la herencia no es siempre carga llevadera y ocurre con frecuencia que la categoría de los vástagos no corresponde a la de los padres. Aún así, desde que suben al trono los Reyes Católicos hasta el caso de la dinastía austríaca, pasan más de doscientos años. Y después de la pavesa humana de Carlos II, la nueva dinastía sigue a la anterior en sus patrióticos designios, se hispaniza y llega hasta hoy, en 1985.

Los altibajos son tremendos, la decadencia indudable. Pero ¿quién la tuvo más duradera? ¿Quién ha logrado imperar cinco siglos sobre diversos pueblos y lejanas tierras? Hace cinco siglos España fue por primera vez y la primera como Estado moderno, unificado, constituido.

El Monasterio simboliza esa continuidad, el que hoy España siga siendo la que era territorialmente al empezar (salvo Gibraltar, colonia en Europa). Es la prueba de que la institución monárquica asegura el ser, la sustancia, la unidad y como tal institución, por serlo, tradicional y bien arraigada, ha podido soportar los grandes defectos de varios reyes, los errores de numerosos Ministros, el cerco implacable de poderosos enemigos, crueles y bien distintos paréntesis... ¡En 500 años, con otros mil anteriores de Monarquía visigótica y de reinos reconquistadores unidos en una tarea común! El rey Felipe afirma en la pétreo majestad del Monasterio la definición y paradigma del modo egregio de lo hispánico, lejos de las facetas más deleznable de lo español.

Felipe es un hombre realista. No obstante, se embarca en empresas que, de antemano, son irrealizables o al menos inadecuadas para las posibilidades de su reino. La verdadera adecuación de medios a fines la logra sólo en la obra perfecta y exacta del Monasterio.

Hay aspectos en los que El Escorial es como su creador. Impenetrable, laberinto político en piedra para las futuras generaciones. Es cierto, el Monasterio se parece a su creador. No se altera. Al rey no se le notaban ni en la persona ni en su normal plan de vida las grandes emociones favorables o desfavorables. Al monumento no se le notan las numerosas obras que en él se han hecho en cuatro siglos, un palacio borbónico, enormes frescos, un panteón de Reyes por los Austrias menores, un panteón de infantes decimonónico, las reformas, ampliaciones y montaje de exposiciones, obras acertadas del Patrimonio Nacional en los últimos treinta años.

Esta lección de impasibilidad, de serenidad, en definitiva, de seguir siendo el mismo aunque la procesión o los cambios sustanciales vayan por dentro, es clave política para el gobernante digno de tal nombre.

Virtud o defecto, según los extremos a los que se llega, es la calma, que pasa a ser lentitud y de lentitud a indecisión, a un paso de la indiferencia o de la incapacidad. En este aspecto, el Monasterio supera con mucho al rey. La arquitectura, herreriana, con todos sus aditamentos y llamándola así por abre-

viar, tiene un perfecto equilibrio, esa calma reconfortante, que es paz y estímulo según lo precise el ánimo de quien con su fábrica se enfrenta, se deleita o se deja absorber por ella. Hasta la lentitud —muy relativa— de su construcción, tiene un ritmo, una continuidad y una firmeza ejemplares. Hay prisa y hay pausa, pero no se nota porque la grandiosidad de la obra no admite vacíos y crescendos, sino orden y relevos.

Por desgracia, no es así la lentitud del rey Felipe. Llega a ser desesperante, llega uno a dudar de que sepa lo que quiere y cuándo lo quiere. ¿Es para desorientar a sus contemporáneos o es para desesperarles? ¿Es para jugar, inocente juego político, al enigma, a la esfinge, cuando a la postre ha de tomar partido o va a sumergir a través de la inercia, en el fracaso, toda su gran labor positiva anterior? ¡Inocente juego político, en verdad, ante la Historia, que desnuda a sus protagonistas de cetro y corona con más crudeza que los aires y las aguas del pudridero escurialense dejan al descubierto los huesos reales, polvo, ceniza, nada!

Escrúpulos de conciencia, malicioso deseo de crear impaciencia, de mantener inquietos a los grandes, dependientes de una decisión que estaba siempre en su mano real... Sosegaos... así es mi parsimonia. ¿Dormían los papeles en los cajones del despacho escurialense del rey Felipe para madurar, para que resolviese el tiempo o simplemente porque no sabía cómo librarse de ellos?

Lo que tiene un principio de virtud en el rey va degenerando en defecto conforme pasan los años y Felipe cae en la inevitable flaqueza que lleva con las proximidades de la vejez a la inacción y a dejar las cosas como están: nuevas caras, nuevos problemas, nuevas situaciones... ¿para qué? Su Yuste es ya El Escorial.

Adivinar las intenciones en el gran jefe absoluto resulta escabroso, dice Marañón. De él sólo se ven los gestos y en sus actos no hay valor interpretativo, porque no hay conflicto entre la voluntad y la dificultad. ¿Termina todo en la soberbia y perenne belleza de un gran monumento? Tengamos en cuenta que Felipe es un heredero. Y heredero nada menos que de Carlos I. No necesita ser hijo de sí mismo como Napoleón para asegurar el porvenir. ¿Por qué no va a creer en la continuidad de la Casa de Austria? El fundador de una dinastía, el creador de un nuevo Estado, tiene la imperiosa necesidad de ver, casi de tocar el futuro en la persona de su sucesor. Tiene que darle el sistema y casi la obra hecha. Felipe, no. Podía perfectamente haber rematado su reinado sin más preocupación que la de poner el ataúd al lado de la cama, contar los cirios y dejar brotar de sus ojos secos las últimas lágrimas ante la dulce ternura de su hija Isabel Clara Eugenia. Así fue aparentemente. Pero Felipe, el grande, el vencedor, el prudente, el arquitecto perfecto; Felipe el tético, el demonio del mediodía, el fracasado en tantas cosas, el megalómano de la piedad y el mármol, sigue siendo en su muerte, cara al altar y cara a la Historia, una tremenda y pavorosa incógnita.

El Escorial es el cénit y a la vez lo permanente y esencial de España. Es un mediodía que tiene el mañana aún bien reciente cuando llega el atardecer. Todo lo humano es efímero, pero ese atardecer frente al Guadarrama dará todavía uno de los atardeceres estética y culturalmente más sublimes de la Historia universal: el siglo XVII español.

Merece ese sol hispánico, pasado el mediodía, un monumento como el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.